



entró por fuerza á veintidos de Mayo, día miércoles, vigilia y víspera de la Ascension: demas desto, algunos otros lugares de ménos cuenta se tomaron por aquella comarca, entre los demas Lezuza, que se tiene por la antigua Libisosa. Concluidas estas cosas, el rey don Alonso, ganada mayor fama que ninguno de los príncipes de Europa, dió vuelta á Toledo, donde las reinas, doña Leonor su mujer, doña Berenguéla su hija, y su hijo D. Enrique que le sucedió en sus estados, y á la sazón era de

diez años, aguardaban su venida. Toda la ciudad llena de juegos y de regocijos y fiestas, dado que el año fué muy falto de mantenimientos á causa de la sequedad, en especial en el reino de Toledo dicen que en nueve meses continuos nunca llovió, tanto que los labradores cuyo era el daño principal, eran forzados á desamparar las tierras, dejallas yermas, y irse á otras partes para sustentarse: gravísima miseria y trabajo memorable.

## CAPÍTULO V

### Los albigenses en Francia.—Muerte del rey de Aragon.

Ganada aquella noble victoria de los moros, las cosas de España procedían bien y prósperamente, á causa que los Almohades, trabajados con una pérdida tan grande, no se rebullían, y los nuestros se hallaban con grande ánimo de sujetar todo lo que de aquella nación restaba en España, cuando por el mismo tiempo los reinos de Francia y de Aragon se alteraron grandemente y recibieron graves daños. Estas alteraciones tuvieron principio en la ciudad de Tolosa, muy principal entre las de España, y que cae no lejos de la raya de España. La ocasion fueron ciertas opiniones nuevas que en materia de religion se levantaron en aquellas partes, con que los de Aragon y los de Francia se revolvieron entre sí, y se ensangrentaron. En los tiempos pasados todas las naciones del cristianismo se conformaban en un mismo parecer en las cosas de la fe: todos seguían y profesaban una misma doctrina. No se diferenciaban el alemán del español, no el francés del italiano, ni el inglés del siciliano en lo que debían creer de Dios, y de la inmortalidad y de los demas misterios; en todo se veía un mismo corazón y un mismo lenguaje. Los waldenses, gente perversa y abominable, comenzaron los años pasados á inquietar la paz de la Iglesia con opiniones nuevas y extrava-

gantes que enseñaron; y al presente los albigenses ó albienses, secta no ménos aborrecible, apellido y nombre odioso acerca de los antiguos, siguieron las mismas pisadas y camino, con que grandemente alteraron el pueblo cristiano.

Enseñaban que los sacerdotes, ministros de Dios y de la Iglesia, no tenían poder para perdonar los pecados; que el verdadero cuerpo de Jesucristo no está en el santo Sacramento del altar; que el agua del bautismo no tiene fuerza para lavar el alma de los pecados; que las oraciones que se acostumbran á hacer por los muertos, no les prestaban: todas opiniones nuevas y malas, y acerca de los antiguos nunca oídas. Decían otrosí contra la Virgen, Madre de Dios, blasfemias y denuestos, que no se refieren por no ofender al piadoso lector; dejólas escritas Guillermo Nangiaco, francés de nación, y que vivió poco adelante. Llegaba su desatino á poner lengua en la familiaridad de Cristo con la Magdalena; así lo refiere Pedro, monje del Cister, en una Historia que escribió de los albigenses, intitulada al papa Inocencio III, en que depone como testigo de vista de las cosas en que él mismo se halló.

Sería muy largo cuento declarar por menudo todos los desvarios destes herejes y secta, y es así que la mentira es de muchas maneras, la



verdad una y sencilla. La verdad es que en aquella parte de Francia donde está sentada la ciudad de Cahors, muy nombrada, se ve otra ciudad llamada Albis, que en otro tiempo tuvo nombre de Alba Augusta, y aún se entiende que César en los comentarios de la guerra de Francia llamó helvios los moradores de aquella comarca. Riega sus campos el rio Tarnis, que son de los más fértiles de Francia, de grandes cosechas y esquilmos de trigo, vino, pastel y azafran; por donde el obispo de aquella ciudad tiene más gruesas rentas que alguno otro obispo en toda la Francia. La iglesia catedral, grande y hermosa, está pegada con el muro de la ciudad: su advocacion de Santa Cecilia. Los moradores de la ciudad y de la tierra son gente llana, de condicion apacible y mansa; virtudes que pueden acarrear perjuicio, si no hay el recato conveniente para no dar lugar á gente mala que las pervierta y estrague. Los más se sustentan de sus labranzas y de los frutos de la tierra: el comercio y trato de mercaderes es pequeño, por estar en medio de Francia y caer lejos el mar.

De esta ciudad, en que tuvo su primer principio esta nueva locura y secta, tomó el nombre de Albigenses, y desde allí se derramó por toda la Francia y aún por parte de España, puesto que el fuego emprendió en Tolosa más que en otra parte alguna; y aún de aquí procedió que algunos atribuyeron la primera origen de este error y secta á aquella ciudad. Otros dicen que nació primeramente en la Proenza, parte de la Galia Narbonense. D. Lucas de Tuy, que por su devocion y por hacerse más erudito pasó á Roma, y de allí á Constantinopla y á Jerusalem, vuelto á su patria, entre otras cosas que escribió no ménos docta que piamente, publicó una larga disputa contra todos estos errores, en que como testigo de vista relata lo que pasó en Leon, ciudad muy conocida en España y cabeza de aquel reino; cuyas palabras será bien poner aquí para mayor claridad, y para que mejor se entienda la condicion de los herejes, sus invenciones y trazas.

«Después de la muerte del reverendo don Rodrigo, obispo de Leon, no se conformaron los votos del clero en la eleccion del sucesor:

»ocasion que tomaron los herejes, enemigos de la verdad y que gustan de semejantes discor-  
»dias, para entrar en aquella ciudad que se ha-  
»llaba sin pastor, y acometer las ovejas de  
»Cristo. Para salir con esto se armaron como  
»suelen de invenciones. Publicaron que en  
»cierto lugar muy sucio, y que servia de mu-  
»ladar, se hacian milagros y señales. Estaban  
»allí sepultados dos hombres facinerosos, uno  
»hereje, otro que por la muerte que dió alevo-  
»samente á un su tío, le mandaron enterrar  
»vivo. Manaba también en aquel lugar una  
»fuente que los herejes ensuciaron con sangre,  
»á propósito que las gentes tuviesen aquella  
»conversion por milagro. Cundió la fama, como  
»suele por ligeras ocasiones; acudian gentes de  
»muchas partes, tenían algunos sobornados de  
»secreto con dinero que les daban, para que se  
»fingiesen ciegos, cojos, endemoniados y tra-  
»bajados de diversas enfermedades, y que be-  
»bida aquel agua, publicasen que quedaban  
»sanos.

»De estos principios pasó el embuste á que  
»desenterraron los huesos de aquel hereje, que  
»se llamaba Arnaldo, y habia diez y seis años  
»que le enterraron en aquel lugar; decian y pu-  
»blicaban que eran de un santísimo mártir. Mu-  
»chos de los clérigos simples, con color de de-  
»vocion, ayudaban en esto á la gente seglar.  
»Llegó la invencion á levantar sobre la fuente  
»una muy fuerte casa, y querer colocar los  
»huesos del traidor homiciano en lugar alto  
»para que el pueblo los acatase, con voz que  
»fué un abad en su tiempo muy santo. No es  
»menester más sino que los herejes despues  
»que pusieron las cosas en estos términos,  
»entre los suyos declaraban la invencion y por  
»ella burlaban de la Iglesia, como si los demas  
»milagros que en ella se hacen por virtud de  
»los cuerpos santos, fuesen semejantes inven-  
»ciones; y aún no faltaba quien en esto diese  
»crédito á sus palabras, y se apartase de la  
»verdadera creencia.

»Finalmente, el embuste vino á noticia de los  
»frailes de la santa predicacion (que son los do-  
»minicos), y en sus sermones procuraban des-  
»engañar el pueblo. Acudieron á lo mismo los  
»frailes menores, y los clérigos, que no se deja-



»ron engañar ni enredar en aquella sucia ado-  
»racion. Pero los ánimos del pueblo tanto más  
»se encendian para llevar adelante aquel culto  
»del demonio, hasta llamar herejes á los frailes  
»Predicadores y Menores, porque los contrade-  
»cion y les iban á la mano. Gozábanse los ene-  
»migos de la verdad y triunfaban: decian pú-  
»blicamente que los milagros que en aquel lo-  
»do se hacian eran más ciertos que todos los  
»que en lo restante de la Iglesia hacen los cuer-  
»pos santos que veneran los cristianos. Los  
»obispos comarcanos publicaban cartas de des-  
»comunion contra los que acudian á aquella ve-  
»neracion maldita: no aprovechaba su diligen-  
»cia, por estar apoderado el demonio de los co-  
»razones de muchos, y tener aprisionados los  
»hijos de inobediencia.

»Un diácono, que aborrecia mucho la here-  
»jía, en Roma, do estaba, supo lo que pasaba  
»en Leon, de que tuvo gran sentimiento, y se  
»resolvió con presteza de dar la vuelta á su  
»tierra para hacer rostro á aquella maldad tan  
»grave. Llegado á Leon se informó más ente-  
»ramente del caso, y como fuera de sí comen-  
»zó en público y en secreto á afean negocio tan  
»malo. Reprendia á sus ciudadanos, cargábalos  
»de ser fautores de herejes. No se podia ir á la  
»mano, dado que sus amigos le avisaban se  
»templase, por parecelle que aquella ciudad se  
»apartaba de la ley de Dios. Entró en el ayun-  
»tamiento, dijoles que aquel caso tanía afren-  
»tada á toda España: que de donde salian en  
»otro tiempo leyes justas, por ser cabeza del  
»reino, allí se forjaban herejías y maldades  
»nunca oidas. Avisóles que no les daría Dios  
»agua, ni les acudiría con los frutos de la tier-  
»ra hasta tanto que echasen por el suelo aque-  
»lla iglesia, y aquellos huesos que honraban  
»los arrojasen. Era así que desde el tiempo que  
»se dió principio á aquel embuste y veneracion  
»por espacio de diez meses nunca llovió, y to-  
»dos los campos estaban secos. Preguntó el juez  
»al dicho diácono en presencia de todos: Derri-  
»bada la iglesia, aseguráisnos que lloverá y  
»nos dará Dios agua? El diácono lleno de fe:  
»Dadme, dijo, licencia para abatir por tierra  
»aquella casa, que yo prometo en el nombre de  
»nuestro Señor Jesucristo, so pena de la vida

»y perdimento de bienes, que dentro de ocho  
»dias acudirá nuestro Señor con el agua nece-  
»saria y abundante.

»Dieron los presentes crédito á sus palabras:  
»acudió con gente que le dieron, y ayuda de  
»muchos ciudadanos: allanó prestamente la  
»iglesia y echó por los muladares aquellos hue-  
»sos. Acació, con grande maravilla de todos,  
»que al tiempo que derribaban la iglesia, entre  
»la madera se oyó un sonido como de trompe-  
»ta, para muestra de que el demonio desampa-  
»raba aquel lugar. El dia siguiente se quemó  
»una gran parte de la ciudad, á causa que el  
»fuego por el gran viento que hacia no se pu-  
»do atajar, que no se extendiese mucho. Alte-  
»róse el pueblo, acudieron á buscar el diácono  
»para matalle: decian que en lugar del agua  
»fué causa de aquel fuego tan grande. Acudian  
»los herejes, que se burlaban de los clérigos, y  
»decian que el diácono merecia la muerte, y  
»que no se cumpliria lo que prometió; mas el  
»Señor Todopoderoso se apiadó de su pueblo, ca-  
»á los ocho dias señalados envió agua muy  
»abundante, de tal suerte que los frutos se re-  
»mediaron, y la cosecha de aquel año fué aven-  
»tajada. Animado con esto el diácono pasó  
»adelante en perseguir á los herejes, hasta  
»tanto que los hizo desembarazar la ciudad.»

Hasta aquí son palabras deste autor, por las cuales se entiende que la pestilencia desta herejía cundió por España, si bien la mayor fuerza deste mal cargó sobre la ciudad de Tolosa, de que le resultaron graves daños, y al rey de Aragon, que la quiso ayudar, la desastada muerte, como luégo se dirá.

La secta de los albigenses se hacia temer y cobraba mayores fuerzas de cada dia, no sólo por las que el pueblo le daba, que mucho se le arrimaba, sino más principalmente por los príncipes y grandes personajes que con su favor le acudian, sin hacer caso ni de la autoridad del papa, ni de lo que por el mundo dellos se diría. Estos eran los condes, el de Tolosa, el de Foy, el de Besiers y el de Cominges. Acudiales asimismo el rey de Aragon, á causa que estas ciudades estaban á su devocion, y aún eran feudos suyos, como en otro lugar queda apuntado: además que tenía deudo en particular



con el conde de Tolosa, que casó tercera vez con doña Leonor, hermana del rey de Aragon, y áun el mismo hijo y heredero del conde, que se llamaba D. Ramon, como su padre, tenía por mujer otra hermana del mismo rey, por nombre doña Sancha. Esta fué la verdadera causa de declararse por los albigenses y tomar las armas en su favor: que por lo demas fué príncipe muy católico, como se puede muy fácilmente entender en que entregó su hijo D. Jaime á Simon, conde de Monforte, para que le criase y amaestrara, el que por este tiempo acaudillaba los católicos y era duro martillo contra los herejes.

El negocio era de tal condicion, que tenía puestos en cuidado los católicos de Francia, y más en particular al papa, que se recelaba no se arraigase de cada dia más aquel mal, y con tantas ayudas cobrasen mayores fuerzas, especial que el vulgo, como amigo de novedades, engañado con los embustes de aquellos herejes, fácilmente se apartaba de la creencia de sus mayores y abrazaba aquellas opiniones extravagantes. Buscaban algun medio para atajar aquel daño. Pareció intentar el camino de la paz y blandura, si con diligencia y buenos ministros que predicasen la verdad, se podrian reducir los descaminados. D. Diego, obispo de Osma, camino de Roma, donde iba enviado por el rey de Castilla, pasó por aquella parte de Francia; y visto lo que pasaba, y el riesgo que corrian aquellos pueblos si no se acudia en breve con remedio, hizo al papa relacion de todo aquel daño, y del peligro que se mostraba mayor. Llevaba en su compañía al glorioso padre Santo Domingo, entónces canónigo reglar de San Agustin, y adelante destes principios fundador de la orden de los Predicadores: era natural de Caleruega, tierra de Osma, nacido de noble linaje. Avisado el papa de lo que pasaba, acordó acudir al remedio de aquellos daños. Despachó al obispo y á su compañero, con poderes bastantes para que apagasen aquel fuego. Nombró tambien un legado de entre los cardenales con toda la autoridad necesaria.

Llegados á Francia, juntaron consigo doce abades de la orden de San Bernardo, naturales de la tierra, para que con sus predicaciones y

ejemplo redujesen á los descaminados. Pero cuanto provecho se hacia con esto por convertirse muchos de su error, especialmente con la predicacion de Santo Domingo y milagros que en muchas partes obró, tanto por otra parte crecian en número los pervertidos de los herejes. Porque ¿quién pondrá en razon un vulgo incitado á mal? ¿Quién bastará á hacer que tengan seso los hombres perdidos y obstinados en su error? Débese cortar con hierro lo que con medicinas no se puede curar; y no hay medio más saludable que usar de rigor con tiempo, en semejantes males. Mudado, pues, el parecer y la paz en guerra, acordaron de usar de rigor y miedo: juntóse gran multitud de soldados de Italia, Alemania, Francia, con la esperanza de la indulgencia de la Sede Apostólica, concedida por Inocencio III á los que tomasen la insignia y divisa de la cruz, como era de costumbre en casos semejantes, y acudiesen á la guerra. Estos soldados tomaron primeramente á Besiers, ciudad antigua de los vascos, cabe el rio Obris. Pasaron en ella siete mil hombres de los alborotados á cuchillo. Algunos decian era castigo del cielo por la muerte que cuarenta y dos años ántes ellos dieron á Trencavelo, señor de aquella ciudad, y con él hirieron al mismo obispo. Con el miedo deste rigor, la ciudad de Carcasona, que era de herejes, se entregó á los católicos, y los culpados fueron muertos.

Estos principios daban alguna esperanza que se podrian reparar aquellos daños. No tenían los católicos capitan que los acaudillase y á quien todos obedeciesen. Acordaron de elegir para este cargo á Simon, conde de Monforte (pueblo conocido en el distrito de la ciudad de Chartres), por ser aventajado en las cosas de la guerra, y señalarse mucho en la piedad y amor de la religion católica. Aceptó aquel oficio por servir á Dios y á la Iglesia. Juntó las gentes que pudo, con que ganó de los herejes el castillo de Minerva, la ciudad de Albis y otro pueblo llamado Vauro, cerca de Tolosa, demas de otros muchos lugares.

Pasaron adelante, pusieron cerco sobre Tolosa, no la pudieron tomar á causa que los condes, el de Tolosa y el de Fox, y el de Co-



minges, se hallaban dentro y se la defendieron con mucho valor. Desde allí revolviéron sobre el condado de Fox, é hicieron la guerra por aquella comarca. El rey de Aragon cuidaba del peligro que estos príncipes corrian, sus amigos y confederados. Recelábase otrosí de Simon de Monforte, que so color de piedad que es un engaño muy perjudicial, no pretendiese para sí y para los suyos adquirir nuevos estados.

Movidos destas razones, luégo que se ganó aquella memorable jornada de las Navas de Tolosa en que se halló presente, volvió su pensamiento á las cosas de la Francia, tanto que se halla que por el mes de Enero principio del año mil doscientos trece, estaba en Tolosa, ciudad de Francia, para tomar acuerdo; es á saber, de lo que debía hacer, y el mes siguiente de Mayo hacia gente en Lérida y otras partes, para volver á aquella guerra. Luégo que allá llegó, le acudieron aquellos príncipes parciales; con sus gentes y con su venida, se formó un ejército tan grande, que llegaba á cien mil hombres de pelea: gran número y que apenas se puede creer. Simon de Monforte, por el contrario, se apercebía para resistir contra fuerzas tan grandes.

Acordó, ribera de la Garona, fortificar el castillo de Murello, plaza muy importante, para reprimir el orgullo de los enemigos. Acudieron aquellos príncipes confederados con sus gentes, con intento de apoderarse de aquella fuerza. Acudió asimismo á la defensa Simon de Monforte con poca gente, pero escogida y arriscada. Iban en su compañía siete obispos, el padre Santo Domingo y tres abades; estos barones intentaron al principio medios de paz, porque no se llegase á rompimiento, de que se temian graves daños: en especial avisaron al rey y le requirieron de parte de Dios, no se juntase con los herejes, gente maldita y descomulgada por el Padre Santo; que temiese el castigo de Dios á quien ofendia, por lo ménos excusase la infamia con que acerca de todo el mundo quedaria su buen nombre amancillado, y el odio que contra su persona resultaria. El rey se hizo sordo á consejos tan saludables y buenos. Diéronse vista los dos campos, y los

dos caudillos adelantaron sus haces con resolucion de venir á las manos. En el ejército de los católicos no pasaban de ochocientos caballos y mil infantes; pequeño número para la muchedumbre de los contrarios. Sin embargo, fiados en la buena querella que seguian, se determinaron de probar ventura. Embistieron de ambas partes y cerraron; trabóse la pelea, que fué muy brava y sangrienta. Los católicos se dieron tal maña, y mostraron tal esfuerzo, que los herejes no pudieron sufrir su impetu, y en un punto se desbarataron y pusieron en huida. Los condes se salvaron por los piés. El rey quedó tendido en el campo con otros muchos de los suyos, caballeros de cuenta, en particular Aznar Pardo, y su hijo Pedro Pardo, D. Gomez de Luna, D. Miguel de Luesia, gente toda de la principal de Aragon. El número de los otros muertos no fué grande para victoria tan señalada.

Todos comunmente juzgaban al rey por merecedor de aquel desastre, así por el favor que dió á los herejes, si bien de corazon era y de apellido católico, ca entre los reyes de Aragon se llamó D. Pedro el Católico, como por la soltura que tuvo en materia de honestidad, con que amancilló las demas virtudes y partes en que fué muy aventajado. Pasó en esto tan adelante, que repudió á la reina su mujer, hembra de mucha bondad: el color que tomó fué que era deuda suya y que estuvo ántes casada con el conde de Cominges, matrimonio que no fué válido, ántes contra derecho, segun que por su sentencia lo pronunciaron los jueces nombrados sobre esta diferencia por el papa Inocencio III. Verdad es que de aquel matrimonio nacieron dos hijas, Matilde y Petrona, como parece por el testamento de la misma reina. Hallábase esta señora en Roma, do era ida á seguir este pleito, y sustanciado el proceso, se esperaba en breve sentencia, cuando llegó la nueva de aquella jornada y de la muerte del rey, que fué viérnes á los trece de Setiembre deste año. Su cuerpo entregaron á los caballeros de San Juan, que le hicieron enterrar en el monasterio de Jijena, en que su madre la reina doña Sancha estaba asimismo sepultada.

Dejó el rey de Aragon un solo hijo habido